

Dialéctica del semblante

Marcos Perearnau*

Estoy en mis brazos, me tengo en mis brazos, sin mucha ternura, pero fielmente, fielmente.
Samuel Beckett

Suele decirse que el actor, o quien desee serlo, debe tener la cara dura. O ser, al menos, un cara rota. No puede haber más verdad en estas afirmaciones. ¡Dureza y rotura! Únicos atributos con los que el sentido común determina la cara del pobre actor. Y lo que en otro material puede resultar contradictorio e incompatible –lo duro justamente impide y posterga el momento de la ruptura-, en el caso del actor resultan condiciones necesarias y complementarias. Esto lo sabe cualquiera que haya sufrido un despecho amoroso. La dureza posterior a la ruptura, no se produce sino por la superposición urgente de los fragmentos dispersos de un yo, que intenta, con mejor o peor fortuna, recuperar su libido del objeto amado.

El actor, como cualquiera, responde a la pregunta por el ser con un semblante. Pero vuelve como nadie esa relación un problema, una tortura y sin exagerar: una desesperación. El inconveniente existencial con el que tropieza el actor, el comienzo de su drama por así decirlo, está en que el semblante que el Otro le oferta no encarna del todo. No prende bien. El actor es la autoconciencia de este fracaso. Sabe que no puede vivir sin un rostro, pero *un* rostro no le alcanza para sobrevivir. De ahí que una de las características más propias del actor es ser oferta de semblante. Busca desesperadamente uno cuando se le agotó el que lleva puesto. Qué importa que sea un director o analista, mientras calle el movimiento incesante y enloquecedor del semblante.

Primer momento

Cualquiera que mire las fotos de su infancia, observará que a pesar del trabajo del tiempo sobre el revelado, sucede en ellas algo especial. Aparecemos en esas fotos de vacaciones, cumpleaños: sin velos. Casi desnudos a la mirada del otro, papá, mamá, tío que está detrás de la cámara. Casi desnudos a los ojos del que somos hoy, y fuimos detrás del obturador. Muchas verdades parecen asomarse de esas fotos. Somos en ellas sin vergüenza. Y a través de la curiosidad que titila en nuestros ojos de la foto, notamos que el mundo viene a mirarse en ellos. Muestra con nitidez

* Filosofía (UBA), Adscripto en la Cátedra de Análisis y Crítica del Hecho teatral (Carrera de Artes)

extrema dos cosas a la vez, a sí mismo y a lo que muestra (o sea para quién y qué relación tiene con aquel que lo ve).

Tiene la cualidad de ser pantalla. Dejar pasar las fantasías que los demás se hacen en él. Es una superficie refractante que no sugiere identificaciones, sino la cita con las propias representaciones. Este concepto de actor-pantalla es un modo también de comprender la subjetividad del actor como un sujeto múltiple, que puede refractar —es decir produce diferencias no identidades como el reflejo— tanto en el cuerpo del actor como en una pantalla.

Segundo momento

Este primer momento sin vergüenza e inhibiciones es interrumpido. La autoconciencia de la escisión o desajuste vuelven al actor, en un principio, un ser frágil y débil. Ese saber no le permite creer del todo en su propia representación, es decir, aquello que él da para los demás. Más temprano que tarde, esta duda sobre sí mismo se extiende sobre los demás. Y reina la sospecha de que, detrás de los gestos seguros y ampulosos de quienes hasta entonces habían sido sus modelos: todos actúan. Para poder sustanciarse dándose atributos, deberá copiar, imitar y ejercitar los semblantes de otros. Hacer gimnasia de la apariencia. En la exageración torpe del modelo alcanzará la caricatura, la parodia. Deberá metabolizar esos rasgos, disolviendo algunos perfiles, para que pierdan su carácter ajeno y arbitrario. Será a partir de esas representaciones que irá moldeando un rostro con aquellos rasgos más fuertes. Y no hay ninguna voluntad en esto, sabemos que la identificación es inconsciente. Comprenderá que para atraer la atención de los demás, se precisa una imagen bella, contundente y resuelta. Y que una vez adquirida, encontrará que en esa imagen hay algo más. Se trata de una forma narcisista de relacionarse con ella, de cultivo y cuidado de esa imagen que de ahora en adelante le pertenece.

En la creencia, todavía precaria, en esos rasgos que ya puede afirmar de sí, está su primera religión. Supersticiones que irá consolidando con la creciente correspondencia y credibilidad que su semblante vaya generando en los demás. Lo que implica a simple vista un esfuerzo inimaginable: debe actuar para todos y todo el tiempo. Su familia no sólo lo padecerá, sino que además será su público más difícil por las ventajas con las que cuenta. Dos dificultades con las que uno puede recibirse de actor. Por una parte, dificultad que sólo la familia como público impone: la exigencia de representar todo el día. Y como si esto fuera poco, la dificultad de actuar ante quienes conocen los anteriores semblantes. Ante esta situación tan desventajosa, el actor deberá servirse de *otros* otros para desplegar su histrionismo. Y con la ayuda de un tiempo más breve de representación, al fin y al cabo, su semblante resultará incuestionable.

Tercer momento

La *aufhebung* o superación se da cuando el actor retira la duda de los demás porque ya sabe generar creencia y sostener un semblante. Ya puede guardar para sí el secreto de la escisión. Pude manipular y ser manipulado por el artificio de la representación: ser y no ser. En adelante deberá mantener este tránsito y apertura. Si su cara sigue rota, podrá permanecer en el movimiento incesante de semblantes. Volverá una y otra vez a recuperarse, a una constante inauguración, dando la vuelta entera a la dialéctica. Estará en la creación y prolongará su condición de artista.

En cambio, si resuelve la contradicción cerrando el agujero del semblante para que un rostro fijo advenga con la asunción de un semblante único, cómodo y económicamente redituable, sólo será un burócrata del semblante. Ha obstaculizado lo inexplicable y misterioso de ese movimiento.